



“Luisa Fernanda” consagra a la compañía Maestro Andrés Uriel

Aurelio Maroto

La reposición de “Luisa Fernanda” fue, sin duda, la gran novedad de la XXIII Semana de la Zarzuela. Tardó algo más en colgar el cartel de “no hay billetes” que “La rosa del azafrán” del último día, pero acabó por encontrar el eco que la organización y la propia compañía pretendían.

Las cosas han cambiado. La Compañía Lírica “Maestro Andrés Uriel” ya no es ese grupo de aficionados entusiastas que se limitaban a aprenderse los papeles y las nociones básicas en escena para saltar al ruedo. A los primeros años de la compañía les sobraba audacia, cuando estrenaron “La rosa del azafrán”, “La parranda”, “Los gavilanes”, “Luisa Fernanda” y “El huésped del sevillano” en apenas un lustro. Ahora es cuando muchos se dan cuenta de la enorme diferencia entre aquellas primeras representaciones y las de ahora, desde el punto de vista técnico. No hay color, se mire por donde se mire.

Algunas cosas no han cambiado, por ejemplo el entusiasmo. Del resto, cualquier parecido es pura coincidencia. La base continúa, pero el elenco solanero, que atravesó hace no mucho momentos difíciles, ha regresado con aires nuevos. No hay más que ver la “Luisa Fernanda”

del viernes 27 de octubre, una de las zarzuelas de mayor enjundia lírica que la compañía escenificó con enorme dignidad desde todos los puntos de vista.

Atrás han quedado los coros chillones de antaño, las grandes romanzas interpretadas por solistas sin una mínima formación musical, o los actores que aparecían en escena como estatuas rígidas carentes de toda expresividad. Aquellas críticas, siempre suavizadas pero que tanto enojaban a algunos, tal vez ahora, con la perspectiva que da el paso del tiempo, se entiendan mejor. Uno de los grandes lastres de la compañía ha sido la autocomplacencia.

La Compañía Lírica “Maestro Andrés Uriel” la siguen formando aficionados, palabra que lejos de menospreciar debe enorgullecer a sus componentes. La diferencia es que alguien les enseña, les instruye y les guía. Como quiera que la ilusión sigue ahí, es muy fácil descubrir que se puede hacer mejor y, de paso, disfrutar más en escena. Gente como Marieli Blanco o María Dolores Travesedo, buenas profesionales, son imprescindibles para construir sobre ellas el resto del edificio.

En “Luisa Fernanda” se vio toda la esencia de una compañía que evoluciona a mejor. En primer lugar, “Luisa Fernanda” no es “La rosa”, lo que añadía un

plus de dificultad por una razón de costumbre. Había nervios y tal vez se notaron al principio. Por eso la representación que claramente fue de menos a más.

Miguel Ángel Araque (tenor) puso la primera pica en Flandes en la romanza de Javier “De este apacible rincón de Madrid”, arrancando la primera ovación cerrada para lanzar la obra, que acabó por engalgar al público cuando apareció Petri Casado (soprano) interpretando a “Luisa Fernanda” en el dúo “En mi tierra extremeña” junto a Andrés Sevilla (barítono), que hacía de “Vidal”. Hay que dar tiempo a María Dolores Camacho (soprano), que atacaba su primer papel importante como “Duquesa Carolina”, aunque tuvo la virtud de no exigirse más de lo que podía dar y cantó con gran serenidad. Entre tanto, Luis Romero de Ávila imprimió dinamismo como “Aníbal” y acabó haciendo reír junto a Mari Loli López Villalta “Mariana” y Julián García-Cervigón “Don Florito”. Especial relieve dramático tuvo la escena del motín, con momentos sublimes en los que se pudo ver a los protagonistas muy metidos en su papel y disfrutando con la emoción del momento.

Ha quedado claro que este es el camino. La compañía tiene voces, actores y la suficiente madurez como para seguir progresando.